

## ENTRADA DE BANDAS

Mientras la sierra oculta a un rebelde sol de junio, miles de festeros ansiosos de traca, música y baile llenan las inmediaciones de la céntrica plaza, donde esbeltos luceros, entre guirnaldas y angelotes de piedra empapada, se lucen un año más. Llegan las muchachas muy sonrientes ataviadas con el traje típico, los zapatos forrados con elegantes telas, faldas de ancho vuelo bordadas con hilos preciosos y vivos estampados; muchos retoques de maquillaje y los más atrevidos peinados rematados con todo tipo de peinetas, alfileres y mantillas. Desde las bebés hasta las más otoñales, aparecen formando una ensalada de tamaños, colores y movimiento de lo más variada, alegre y atractiva.

Chirrían unos frenos de autobús y antes de detenerse bajan una cuarentena de hombres y mujeres a medio vestir, mientras por un gran portón lateral brotan cajitas y cajones de todas las geometrías imaginables. Nerviosos los recién llegados, sacan artilugios de metal y madera que ensamblan rápidamente con precisión. Montan los tubos, colocan las boquillas y se arman los arneses a la espalda. Dos chicas rubias miran de reojo al espejito que comparten mientras peinan sus melenas y se arreglan el maquillaje, aguantando el pasador entre los dientes y sosteniendo sus instrumentos entre las piernas.

¡Son la banda! ¡Ya están aquí! En pocos instantes aparecen las notas de color que le faltaban al cuadro de la fiesta.

Con facilidad asombrosa forman de a cinco, en primera fila el carro con los dos timbales, al lado el maestro, inmediatamente detrás completan la percusión dos cajas, un gordo con el bombo y unos platillos. Siguen el bajo y los bombardinos, dos trompas relucientes y tres trombones; detrás las trompetas y los seis saxofones también relucientes, ya formados y con ganas de empezar. Cerrando el grupo el grueso de la banda, los diez clarinetes, tres oboes y dos flautas traveseras. La última fila todo chicas, la más alegre y simpática, ríen a carcajadas mientras se preparan; una de ellas se coloca una tirita en el pie por lo que pueda pasar, los zapatos son nuevos y el recorrido largo.

A una mirada del maestro, tan autoritaria como silenciosa, sucede un denso silencio que espera la música como una madre a su bebé. Amparito Roca. El director susurra el nombre del pasodoble mirando a los músicos. Tras dos golpes de bombo entran las flautas y oboes de las chicas piano mientras la banda inicia el desfile al paso ordinario. De repente atacan los metales forte a la vez que bombo y cajas tañen en una gran explosión de júbilo, coloreada por el oportuno golpe de platillos.

El sol casi vuelve a salir por Font Calent, Alicante se eriza de gloria cuando empieza la fiesta. Los niños aplauden, los ancianos sonríen con la boca abierta asintiendo con la cabeza un año más. Los jóvenes abuchean a tono, los bebés novatos lloran en sus cochecitos vestidos de foguerer, mientras las mamás les intentan colocar el chupete meneando el trasero y tarareando el pasodoble.

¡Ahí está la banda! Si el cuadro de comienzo de fiestas es bonito, la pincelada maestra es la banda. La banda lo alegra todo, grande o pequeña, clásica

o moderna. Sus vibraciones lanzadas con fuerza desde los instrumentos golpean enérgicamente tierra y gente para ascender hacia el cielo en una galopada vertical, haciéndose sentir y alegrando todos los rincones de la ciudad que despierta a la fiesta.

Ya pasa, ya se oye menos la percusión, el sonido de las trompetas también se atenúa y los clarinetes toman el relevo relajando el ambiente. Vemos como se alejan los músicos. Bajo las gorras militares los moños se alternan con melenas y cogotes pelados, los brazos acompañan a los instrumentos que van cayendo de lado a lado a cada paso, a cada compás. Las piernas de las chicas alternan con los pantalones de fiesta de los muchachos marcando el paso al compás del pasodoble. Algunas espaldas con arneses cruzados que sujetan saxofones y bajos recuerdan una compañía de fusileros del siglo diecinueve alejándose tras la batalla. Todos se hacen pequeños a la vez que los sonidos se difuminan en la tarde levantina como los rayos de sol en el crepúsculo; la emoción da paso al sosiego. El silencio que lo alumbrara momentos antes, implacable reclama el pasodoble para callarlo y guardarlo en el espacio y en el tiempo.

Pero no acaba aquí; al poco nace otro más allá y luego otro más acá, antes de morir del todo uno, ya se escuchan lejanos los primeros compases del otro. Hasta bien entrada la noche, bandas y pasacalles sacan a pasear pasodobles, marchas, himnos y todas las piezas de nuestro repertorio festero.

Gracias a los compositores y a los intérpretes, artistas todos; gracias a la música, que nos borda la fiesta un año más.

Jaime Colom  
Junio de 2003 Entrada de Bandas